

4. Más allá de la coherencia, la relación con una Presencia

por Julián Carrón*

Y tal vez tocado por la novedad que supone lo que está diciendo si se compara con la opinión dominante, casi percibiendo nuestro desconcierto ante estas palabras, Giussani saca a la luz la pregunta que tanto nos inquieta a todos: «Pero, ¿por qué el “sí” de Simón a Jesús es el origen de la moralidad? ¿No están antes los criterios de coherencia o incoherencia? Pedro había caído mil veces». No se trata de pintar la realidad de forma distinta. Sí, «Pedro había caído mil veces y, sin embargo, sentía una simpatía enorme hacia Cristo». Para nosotros estas dos cosas son casi incompatibles, no somos capaces de mantenerlas juntas. En cambio –¡qué liberación escucharlo!–, Pedro se sorprendía tendiendo a Cristo, «constataba que todo en él tendía hacia Cristo, que todo estaba encerrado en esos ojos, en ese rostro y en ese corazón. Los pecados cometidos no podían constituir una objeción y, menos aún, toda su inimaginable incoherencia futura: Cristo era la fuente, el lugar de la esperanza. Aunque le hubieran objetado todo lo que había hecho y lo que habría podido hacer, Cristo seguía siendo, en medio de la tiniebla de esas objeciones, la fuente de luz de su esperanza. Y le estimaba por encima de cualquier otra cosa, desde el primer momento en que se había sentido mirado por Él: le amaba por esto»¹. Como le sucedió a María Magdalena. ¿Entendéis por qué ella le buscaba día y noche? No porque tuviera que hacerlo, sino porque no podía dejar de buscarle día y noche.

«“Sí, Señor, Tú sabes que eres el objeto último de mi simpatía, de mi máxima estima”: así nace la moralidad [nace de la relación con Cristo]. Y, sin embargo, la expresión es genérica: “Sí, te amo”; pero es tan genérica como capaz de generar el cambio de vida que perseguimos»². ¿Habéis sentido alguna vez la necesidad de leer estas cosas para conseguir mirarnos a vosotros mismos? Os confieso que no creo haber leído nunca algo tantas veces como estas páginas para poder mirarme, para poder abrazarme, para poder mirarme como Él me mira, para poder sorprender esa simpatía que lo aferra todo. Nunca agradeceremos suficiente a Giussani el hecho de poder mirarnos así, sin importar lo que hayamos hecho, volviendo constantemente sobre estas páginas, para descubrir una y otra vez lo que nos permite mirarnos de este modo.

Con una delicadeza única hacia nosotros, para evitar que el «sí» de Pedro se convierta en una trampa, en una medida asfixiante, don Giussani se plantea la pregunta que el moralismo que tenemos dentro nos empujaría a plantear: «El sí de san Pedro, ¿se tradujo automática- »

* Del cuadernillo de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación 2016.

© 2016 Fraternità di Comunione e Liberazione para los textos de J. Carrón «Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada».

» mente en una coherencia?». Respuesta: «¡Ni por asomo! Me resisto a pensarlo. Ese sí consiste, tiene una misteriosa consistencia última en su nexos con esa presencia, con el atractivo y la humanidad de esa presencia»³; ese sí tiene tal consistencia que desconcierta a los que se piden cuentas a sí mismos y a los demás, es mucho más consistente que cualquier balance.

¿Entonces? Si el «sí» no garantiza que no nos equivoquemos, ¿cómo podemos estar delante de nuestros previsible errores? Giussani citaba con frecuencia, a propósito de esto, una frase de la Primera carta de san Juan: «Todo el que tiene esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro»⁴. ¿Qué significa esto? Que «tenemos nuestra esperanza puesta en Cristo, en esa Presencia que, por muy distraídos y desmemoriados que estemos, no conseguiremos eliminar de la tierra de nuestro corazón –por lo menos no completamente– debido a toda la tradición mediante la cual Él ha llegado hasta nosotros». Cristo es una presencia que no conseguimos arrancar ya de nuestra tierra, de la tierra de nuestro corazón. «Tengo esperanza en Él antes incluso de contar mis errores y mis virtudes. Aquí no cuentan los cálculos numéricos. En la relación con Él no tiene importancia el número, no cuenta el peso medido y mensurable y tampoco cuenta todo el mal que podamos realizar en el futuro; todo ello no consigue usurpar el lugar principal que ocupa ante los ojos de Cristo el “sí” de Simón cuando yo lo repito conscientemente. Entonces surge un borbotón desde el fondo de nosotros, como un aliento que sale del pecho y embriaga nuestra persona haciéndola actuar, haciendo que desee obrar de una manera más justa: surge, brota del fondo de nuestro corazón la flor del deseo de justicia, de amor verdadero, auténtico, de ser capaces de gratuidad. Igual que el comienzo de cada uno de nuestros movimientos no es un análisis de lo que ven los ojos, sino un abrazo a lo que el corazón espera, tampoco la perfección es el cumplimiento de las leyes, sino la adhesión a una Presencia»⁵.

Del perdón no nace ciertamente el deseo de volver a equivocarse. Solo piensa así alguien que no ha sido perdonado nunca: «Como he sido perdonado, lo vuelvo a hacer». Podrá hacerlo, pero no lo desea verdaderamente. Antes bien, lo que uno sorprende en sí mismo es el deseo de actuar de modo más justo. «Solo quienes viven esta esperanza en Cristo se mantienen toda su vida en la ascesis, en el esfuerzo por tender hacia el bien. Y aunque tengan contradicciones manifiestas, desean el bien. Este vence siempre, ya que es la última palabra sobre ellos mismos, sobre la jornada transcurrida, sobre lo que se hace, sobre lo que se ha hecho y sobre lo que se hará. El hombre que vive esta esperanza en Cristo es capaz de mantenerse en la ascesis. La moralidad es una tensión continua hacia la “perfección” que nace de un acontecimiento en el que se manifiesta una relación con lo divino, con el Misterio»⁶.

La moralidad cristiana, por tanto, no puede constituir en modo alguno un aval de nuestros errores. Pero tampoco un vernos ahogados por el número de nuestros errores, como dice don Giussani: «En la relación con Él no tiene importancia el número», no cuenta. La moralidad cristiana es una tensión que nace del asombro ante el amor de Cristo.

¹ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, pp. 82-83.

² *Ibidem*, p. 83.

³ Apuntes de un encuentro de la Diaconía de CL España con don Giussani, Milán, 15 mayo 1995, conservados en la Secretaría general de CL, Milán.

⁴ 1Jn 3,3.

⁵ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 83.

⁶ *Ibidem*.